

# *El estudiante de Salamanca:* un breve vistazo al inconsciente de don Félix de Montemar

Daniela Alanis Hernández  
Universidad Autónoma de Aguascalientes  
al2905406@edu.uaa.mx

“Y él mismo, la befa del mundo temblando,  
Su pena en su pecho profunda escondió,  
Y dentro en su alma su llanto tragando  
Con falsa sonrisa su labio vistió!!...”  
—*Espronceda*, (1875)

El romanticismo español, época de renombrados autores y obras ilustres, vio surgir bajo su influencia una de las creaciones literarias más distinguidas del siglo XIX: *El estudiante de Salamanca*, escrita por el poeta José de Espronceda, quien comenzaba su redacción hacia 1836 y, un año más tarde, publicaba la primera parte en el *Museo Artístico y Literario*; la obra completa saldría a la luz hasta el año de 1840 en el tomo *Poesías* (Varela 22).

*El estudiante de Salamanca* marca un nuevo precedente para la literatura castellana, ya que para muchos es una obra que va más allá del paradigma romántico. José de Espronceda logra esto gracias a un estilo de escritura que no se limita a la preceptiva tradicional, manipulando los esquemas métricos al intercalar versos de arte menor y arte mayor sin la uniformidad acostumbrada. Mezcla el género lírico, dramático y el cuento fantástico a través de la narración poética que se rompe para insertar un pasaje teatral que, al mismo tiempo, presenta algunos escenarios paisajistas contrastados con un ambiente lúgubre y fantasmal. Además, un punto importante por destacar es la convergencia de varios temas de la tradición literaria, tales como los duelos en las comedias de capa y espada, la figura del *Don Juan* de Tirso de Molina, el viaje órfico o el descenso al abismo (que también recuerda a la aventura en la cueva de Montesinos en *Don Quijote*), el retorno de los muertos en las leyendas y cuentos fantásticos, y, más propiamente del romanticismo, “la exploración retórica de lo real en la búsqueda de la verdad” (Suárez 35). El uso de estos recursos, desde nuestra perspectiva, responde a la necesidad de concordar los hechos de la historia con la forma de la misma, es decir, *El estudiante de Salamanca* sólo podía contarse de esta manera, haciendo que el oscuro y caótico viaje de don Félix de Montemar hacia el “otro mundo” tome convenientemente un carácter simbólico.

Como se notará, en la obra de Espronceda coexisten dos planos distintos: el verosímil o real, y el inverosímil, fantástico o irreal, este último se distingue por contener mayor carga simbólica, aunque las líneas que separan un plano del otro están bastante desdibujadas. Para el lector, es claro que la aparición de un fantasma y la transgresión del espacio y el tiempo que experimenta Montemar pertenecen al mundo inverosímil, pero lo que no es claro es a partir de qué momento el mundo real le sede paso. Este fenómeno no es exclusivo de la literatura, de hecho, sus raíces se encuentran en la experiencia humana, en lo que comúnmente llamamos *sueño*. Los críticos han dado toda clase de interpretaciones a partir de este término, algunos de los cuales afirman que la experiencia sobrenatural del protagonista se explica bajo las condiciones que rigen al mundo onírico. Esta aseveración resulta útil para el presente análisis, ya que buscará establecer una relación entre la psique de don Félix de Montemar con el fantasma de la mujer velada y el entorno fantástico, partiendo de la premisa de que todo lo que sucede corresponde a una proyección de su *inconsciente*, concepto indispensable para poder estudiar la obra.

Pasando a su definición, para los románticos el inconsciente representaba “la raíz misma del ser humano, su punto de inserción en el vasto proceso de la naturaleza” (Béguin, 1954, p. 108). Años más tarde, Carl Jung también vendría a aportar su propia descripción:

Todo lo que sé, pero en lo cual momentáneamente no pienso; todo lo que alguna vez fue para mi consciente, pero que ahora he olvidado; todo lo percibido por mis sentidos pero que mi conciencia no advierte; todo lo que sin intención ni atención [...] siento, pienso, recuerdo, quiero y hago; todo lo futuro que en mí se prepara y sólo más tarde llegará a mi conciencia. (Jung, 1970, p. 130)

El inconsciente es, pues, la materia primigenia de la psique humana. Espronceda parte de ello y retoma el mito de don Juan para enfrentarlo a su propia naturaleza, por lo que primero debe de separarlo del mundo real en donde todo se rige por la razón y los sentidos. Aislar al sujeto dentro de sí mismo provocará que todo a su alrededor se transfigure y limi-

te su voluntad a las leyes de la conciencia, donde el tiempo fluye sin linealidad, tal y como sucede en la ensoñación.

Cultural e históricamente, los sueños han sido considerados como una realidad alterna no menos real que lo comúnmente llamado el mundo de la vigilia, y dado que provienen del inconsciente, también son medios por los cuales nos aproximamos al estado de pureza originaria máxima, aquel que se concreta únicamente cuando morimos, de ahí que se diga que “el sueño es una prefiguración de la muerte” (Béguin, 1954, p. 113). Debido a la estrecha semejanza entre ambos sucesos, se hace fácil suponer que don Félix murió durante su enfrentamiento con don Diego y que todo el cuarto acto es su viaje hacia el mundo de los muertos, no obstante, de acuerdo con Schopenhauer (2013), aunque el sueño profundo nos aproxima a la muerte, difiere de ella en una cosa: en el sueño existe un futuro, es decir, despertamos, mientras que al morir, no. En el caso de don Félix, concordamos con el análisis de Lada (2015) al asegurar que, antes de morir, Montemar regresa por un breve instante al mundo real, esto apoyándonos del siguiente fragmento: “Y vio luego / una llama / que se inflama / y murió;” (Espronceda, 1875, p. 27). La “llama que se inflama” concuerda con la lámpara frente a la imagen de Cristo en la calle del Ataúd, que justo se encendió en el instante en que don Félix lanzó aquella blasfemia. El hecho de que la vea antes de morir significa que regresó al plano real en el mismo sitio donde se quedó antes de partir, y en este sentido, la luz que se enciende es la transición que marca el inicio y el fin de la estancia en el plano fantástico.

Otro punto a favor de este análisis se encuentra en los siguientes versos:

Y en aquel otro mundo, y otra vida,  
mundo de sombras, vida que es un sueño,  
vida, que con la muerte confundida,  
ciñe sus sienes con letal beleño;  
mundo, vaga ilusión descolorida  
de nuestro mundo y vaporoso ensueño,  
son aquel ruido y su locura insana,  
la sola imagen de la vida humana.

(Espronceda, 1875, p. 23)

Ese “con la muerte confundida” apoya nuestra postura acerca del sueño de don Félix, pues además, la descripción “vaga ilusión descolorida de nuestro mundo” se corresponde con el inconsciente, precisamente del cual los sueños son proyecciones, y, al ser así, todo lo que vemos a través ellos son fragmentos de nuestro ser interno revelándonos los arcanos de nuestra naturaleza por medio del único lenguaje que conocen, el de los símbolos: la mujer velada, la imagen de cristo, las torres que se mueven, los fantasmas danzantes, la constante aparición del número cien, la caravana fúnebre, el abismo, las escaleras espirales... todos son símbolos cuyo significado es relevante para la interpretación general de la obra, sin embargo, no nos es posible abarcarlos todos en un solo estudio, así que nos enfocaremos en desarrollar principalmente el de la mujer velada como proyección del inconsciente de don Félix de Montemar.

Ya en un estudio previo, Ramírez Camacho (1994) desarrollaba la interdependencia metafórica entre Elvira y don Félix, y señalaba el paralelismo entre los procesos de *revelación* que ambos personajes padecen. A este análisis queremos sumar nuestra propuesta, pues consideramos que se puede extender más si profundizamos en la psicología de don Félix según la teoría junguiana y la del filósofo Arthur Schopenhauer, anteriormente citados.

Lo que sabemos del héroe romántico de *El estudiante de Salamanca* puede resumirse con el término *Segundo Lucifer*: es altanero, orgulloso, soberbio, mentiroso, libidinoso, malvado, blasfemo, irreligioso, temerario... en fin, el hombre semi-divinizado del romanticismo. Ahora, la diferencia de los otros don juanes con don Félix es que se nos da la oportunidad de conocer su interior, y para ello, primero es necesario repasar los aspectos del personaje que se describen en el siguiente fragmento: “Que en su arrogancia y sus vicios, / caballescía apostura, / agilidad y bravura / ninguno alcanza a igualar: Que hasta en sus crímenes mismos, / en su impiedad y altiveza, / pone un sello de grandeza.” (Espronceda, 1875, p. 6). Don Félix es un hombre único que busca la distinción por medio de actos de valor y de crueldad;

nadie se le iguala y debe procurar que siga siendo así. Al respecto, Arthur Schopenhauer (2013) señala: Por tupido que sea el velo de Maya que envuelve el sentido del malvado [...] y considere así su persona como absolutamente distinta de todos los demás y separada de ellos por un amplio abismo [...] en el fondo de su conciencia se agita el sentimiento oculto de que ese orden de las cosas es solo fenómeno, mientras que en sí mismas las cosas son totalmente distintas; (420)

En el fondo de la conciencia de Montemar, en efecto, no es tan fuerte como en el exterior; es un esclavo de aquello que oculta y de lo que carece. Pensemos en Elvira, quien además de simbolizar pureza, esperanza y fragilidad, también es proveedora de belleza y luz: “[...] todo lo juzga verdadero y santo, / presta a todo virtud, presta belleza. [...] / al aire, al campo, a las fragantes flores, / ella añade esplendor, vida y colores” (Espronceda 7), del mismo modo, es llamada “fanal trasparente de hermosura” (p. 8), imagen que podemos trasladar a Montemar siendo guiado por la mujer velada, que, como un fanal, le sirve para iluminar el camino en la oscuridad sin perderse. Abro un paréntesis para aclarar que la mujer velada no es el fantasma de Elvira, se trata de una proyección del inconsciente de don Félix. Son varias las ocasiones en las que el poema nos aclara que ella ya está en paz, y que la ilusión que se presenta frente al hombre es “pensamiento sin fórmula y sin nombre, / que hace rezar y blasfemar al hombre” (p. 13), es decir, es un ente sin identidad.

Una de las propiedades del inconsciente es que puede proyectarse en el mundo exterior y controlar nuestras acciones y percepción sin que lo notemos, por lo tanto, podemos suponer que la necesidad de don Félix por encontrar una mujer que le brinde luz y belleza, como Elvira, responde a su carencia de la misma, y, de igual manera, en los momentos en que su voluntad flaquea por el miedo repentino ante los sucesos sobrenaturales, denota una fragilidad semejante a la de las mujeres que engaña; todo esto lo descubrimos gracias a que don Félix no está en el plano de la razón y, por lo tanto, no es el mismo que demuestra ser (por ello no es reconocido por el

hombre de la caravana). He aquí donde yace la importancia de que Espronceda aleje al héroe donjuanesco de su entorno racional, de ese mundo que le impide al hombre verse tal cual es al recubrirlo de un *velo de Maya* que, según Schopenhauer, es “[...] una apariencia inestable, irreal en sí misma y comparable a la ilusión óptica y el sueño; un velo que envuelve la conciencia humana, un algo de lo que es igualmente falso que verdadero decir que es como que no es” (2013, p. 490).

A la proyección que don Félix hace de sus carencias y debilidades, debe sumarse también el deseo insaciable representado simbólicamente por la caminata sin fin. De acuerdo con Schopenhauer (2013), el hombre malvado constantemente busca saciar el deseo de ejercer su voluntad sobre otros, pero al darse cuenta de que este deseo es efímero, emprende una búsqueda eterna que termina convirtiéndose en un terrible tormento. Aunque, como ya dijimos, el deseo de don Félix obedece a su necesidad de luz, también es cierto que esa luz puede interpretarse como conocimiento. A lo largo de la obra, vemos a un hombre (que no en vano es estudiante en Salamanca, capital de las ciencias) buscando siempre respuestas, saber quién es Dios o el diablo, y si acaso alguno de ellos lo ha llevado al abismo; es tanta su insistencia por verlo, que inconscientemente cae en la contradicción, pues si es tan irreligioso, ¿por qué el mundo de su inconsciente está lleno de imágenes divinas, rezos, campanas, templos y caravanas fúnebres?: “Mas antes decidme si Dios o el demonio / me trajo a este sitio [...]” (Espronceda 26), es la pregunta constante que no obtiene respuesta.

Al final, don Félix parece ante la verdad develada, acto que puede interpretarse de muchas maneras. Siguiendo la línea de pensamiento que hemos trazado, consideramos dos posibles interpretaciones: primeramente, al pensar que la ilusión de la mujer es una proyección del inconsciente, en efecto, puede ser vista como una parte del mismo hombre, y así, lo que don Félix descubre no es otra cosa sino la parte más frágil, vacía, desagradable y horrificada de sí mismo, la cual ha tomado una forma atractiva para seducirlo y lo ha hecho caer en su propia trampa, pues como dice Jung: “el sueño es una puerta estre-

cha, disimulada en lo que el alma tiene de más oscuro y de más íntimo” (s. f. 33). De este modo, el héroe esproncediano se convierte en víctima de sí mismo, de su sed de placer, su fanatismo y su debilidad, aspectos tan enterrados en su inconsciente que lo dominaron y arrastraron de la misma manera que él, incentivado por el rechazo, perseguía con ánimo a sus víctimas. Compárese: “—Siento me enamora más vuestro despego” (Espronceda, 1875, p. 19), con “y cuanto más airado forcejea, / tanto más se le junta y le desea / el rudo espectro que le inspira horror.” (p. 26). Finalmente, la segunda interpretación es, como muchos otros críticos han afirmado, que el esqueleto tras el velo es sólo la muerte, que, en su afán tan plenamente romántico por conocer quién guiaba sus pasos hacia el otro mundo, y de contemplar una verdad que excede la capacidad humana, don Félix ha descubierto que lo único que le aguarda no es ni Dios ni el diablo, sino simplemente la nada. Quizás, de haber sido de otro modo, el autor habría caído en lo absurdo al insinuar que el hombre es capaz de ver la grandeza del cosmos siendo su mente tan pequeña.

La muerte de don Félix es un caso extraordinario, pues al fallecer su *yo onírico* también muere su yo corporal, demostrando así que los límites entre ambos planos son tan borrosos que con facilidad se afectan mutuamente. Muchas interrogantes quedan al aire, ya que los símbolos hablan a través de muchas voces y es muy difícil llegar a una conclusión satisfactoria, no obstante, visto el viaje del personaje como un descenso hacia su inconsciente que proyecta sus contenidos en todo cuanto don Félix mira, hace que la obra tome un significado mucho más personal, y aunque se ha cuestionado si este don Juan es el único que no se arrepiente de sus pecados, al menos es un hecho que muere por su misma trampa.

El análisis propuesto es apenas un vistazo de lo que *El estudiante de Salamanca* ofrece, y aunque nos hemos apoyado principalmente de los postulados de Carl Jung y de Arthur Schopenhauer, muchas otras teorías pueden proveer distintas e interesantes interpretaciones. Siendo así, también proponemos en un futuro análisis, observar la obra de Espronceda desde las tradiciones literarias que ha integrado, de forma

que pueda explicarse no sólo con teorías científicas o filosóficas, sino desde la propia teoría literaria que influyó en el autor al momento de escribirla, de ese modo quizás nos acercáramos un poco más a la idea original que intentaba transmitir, aunque por supuesto, la riqueza de la literatura está en su capacidad para retar al lector y no limitarlo a un solo camino. Sobre todo, hablando de literatura romántica, esas posibilidades se extienden aún más, gracias a la subjetividad de su estilo y a la inserción de recursos retóricos y narrativos desafiantes para su interpretación.

### Referencias

- Espronceda, J. (1875). *El estudiante de Salamanca*. Madrid: Imprenta y librería de Gaspar.
- Jung, C. G. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivos* (M. Murmis, Trad). Paidós. (Obra original publicada en 1959).
- Jung, C. G. (s. f.). *Los complejos y el inconsciente* (J. López, Pacheco, Trad). Altaya. (Obra original publicada en 1933).
- Lada, Ferreras, U. (2015). El estudiante de Salamanca. Tiempo y relato. *Castilla. Estudios de Literatura*, 6, 113-128.
- Ramírez, Camacho, J. A. (1994). “Hacia una lectura retórica de El estudiante de Salamanca”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 18(2), 171-187.
- Schopenhauer, A. (2013). *El mundo como voluntad y representación I* (P. López de Santa María, Trad). Trotta. (Obra original publicada en 1818).
- Suárez Díez, J. M. (2009). “El Estudiante de Salamanca, las máscaras del texto: ironía y tragedia”. *Hipertexto*, 10, 35-49.
- Varela, Jácome, B. (1980). Introducción. En *El estudiante de Salamanca* (9-22). Ediciones Cátedra.